

CARMEN POSADAS

CINCO MOSCAS AZULES

CARMEN POSADAS
CINCO MOSCAS AZULES



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Carmen Posadas, 2006, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2006

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición en esta presentación: junio de 2025

ISBN: 978-84-670-7600-4

Depósito legal: B. 9.823-2025

Preimpresión: Realización Planeta

Impresión: Rodesa, S. L.

Impreso en España - *Printed in Spain*

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es



UN ALMUERZO EN DRONES

Le habían dado una mesa arrinconada junto a la escalera, entre una profusión de plantas. Una rama de kentia le acariciaba el cogote si se inclinaba hacia la izquierda y por el hueco de la escalera de caracol ascendían entreverados aromas de chile con carne, ñoquis a los cuatro quesos y *soufflé* de mandarina, pero por lo menos no lo habían condenado a las regiones árticas, al comedor de abajo o, en otras palabras, a las tinieblas donde los *maîtres* suelen acomodar a los parias.

Molinet se recostó en la silla; había llegado diez minutos antes de la hora de la cita según costumbre, y dejó que la vista vagara por el restaurante con la esperanza de descubrir una cara conocida. No había ninguna. Hacía años que no almorzaba en Drones, pero le agradó ver lo poco que había cambiado el lugar. El mismo suelo de baldosas blancas y negras, las sillas rojas, incluso el *maître* le pareció familiar, un antiguo camarero tal vez, al que la veteranía había aupado al privilegio de ir y venir repartiendo menús con una gran sonrisa. También las paredes eran las mismas, lo cual no dejaba de ser una suerte pues en ellas reside el mayor encanto de Drones. Años atrás, cuando David Niven Jr. se quedó con el restaurante, había decidido decorarlas con una curiosa colección de fotos. Aparentemente se trataba de niños anó-

nimos, pero los camareros pronto se encargaban de explicar a los clientes que detrás de aquellas caras infantiles se escondían actores de teatro, *starlets*, personajillos de moda y muchos de los colegas del viejo Niven en Hollywood. Había fotos grandes, pequeñas, en color, en blanco y negro, conspicuas o no, en las que los novatos se entretenían en descubrir quién era quién, o aprovechaban tan socorrido tema cuando flaqueaba la conversación. Suavemente Molinet desplegó su servilleta. Él nunca había caído en esa tentación, ni siquiera estando en compañía de personas muy aburridas. Se consideraba un buen conversador y, en último término, jamás se hubiera permitido utilizar un recurso tan tópico.

Ahora era distinto, estaba solo y decidió echar un vistazo a las fotos que tenía más próximas. Pasó rápidamente la vista por las más modernas sin detenerse: le interesaban las antiguas en blanco y negro. ¿De quién serían? No resultaba fácil identificar ninguna, hasta que por fin creyó distinguir... ¿a Sofía Loren en traje de primera comunión? Sí, tal vez fuera ella, una niña feúcha cuyos bellos ojos no lograban desviar la atención de una boca desmesurada. A los otros niños no llegó a reconocerlos, aunque, junto a su plato de pan, estaba la foto de un jovencito con un corte de pelo criminal que posiblemente fuera Warren Beatty, no, no, con mayor seguridad se trataba de Alan Ladd antes de que Sidy Wollock le oxigenara el pelo.

«Siete años. Siete larguísimos años fuera de este mundo», pensó Molinet, y en seguida se dijo que había sido demasiado tiempo para estar alejado de todo. Aun así, resultaba un alivio comprobar que las cosas mundanas seguían más o menos iguales, pocos cambios en los placeres. Precisamente eso era lo que admiraba de Londres:

siempre podía confiarse en una ciudad en la que cinco, diez, quince años más tarde continúa de moda el mismo restaurante; tan distinta de otras poblaciones trepidantes en las que, si uno desaparece una temporada, a la vuelta resulta imposible reconocer nada: donde antes había un local de moda ahora hay una peluquería de perros, cuando no una hamburguesería, o un solar raso lleno de basura: tal es la tremolina de lo que *es* y un segundo después ya *no es* nada. Fue solo un momento de divagación. Molinet inmediatamente decidió descartar esa línea de pensamiento. Los últimos años de su vida habían sido un paréntesis, un agujero negro al que no pensaba dedicar ni cinco minutos de su almuerzo; estaba de vuelta en el mundo de los vivos, incluso había organizado un viajecito para celebrar el regreso y ahora solo deseaba que Fernanda no se retrasara demasiado: era la una y media en punto y empezaba a sentir hambre.

Entonces cayó en la cuenta de que debía de hacer al menos veinte años que no tenía noticias de su sobrina, por eso le había sorprendido tanto recibir su llamada. ¿Sería esta la primera vez que Fernanda viajaba a Londres en todo ese tiempo? Probablemente no; pero sí, quizá, la primera que lo hacía sin su marido y de ahí que hubiera recurrido a su viejo tío. «Es curioso ver cómo para ciertas mujeres viajar solas empieza con un repaso a la agenda», pensó, «un vuelo chárter..., un hotel barato... y un vistazo a las últimas páginas del dietario, que es donde suelen guardarse antiguas direcciones». Molinet conocía el sistema; allí, anotado para una eventualidad, suele pervivir un tesoro añejo: direcciones, números de teléfono de Florencia, París o de Londres —una amiga del colegio, un compañero de antiguas farras, también un viejo tío segundo al que hace un

siglo que no se ve, coordenadas pretéritas, extintas en muchos casos pero que igualmente se copian año tras año, de agenda en agenda, por si alguna vez pueden ser útiles. Como en esta ocasión.

Molinet se dijo que lo más probable era que ni siquiera recordara la cara de su sobrina. Pertenecía a un pasado difuso y geográficamente lejano al que él solía referirse como «mis parientes de Madrid». Una parentela a la que lo unía un afecto más romántico que real y que mientras vivió su madre se tradujo en algún *christmas* por Navidad y una correspondencia escasa, la indispensable para mantenerse al tanto de las defunciones, bodas y algún escándalo, siempre que fuera lo suficientemente cercano e imperdonable. «Mis parientes de Madrid» englobaban a una ahijada de su madre, Teresa Rojas (la madre de Fernanda), y su marido, ¿cómo se llamaba? José... Jaime, sí, posiblemente Jaime, seguido de una retahíla de apellidos tan ilustres como apolillados, mucho Sanz de Castellón por aquí, un poco de Suárez de Tejada por allá adosado a Espinosa o Giménez o algo así...; el tipo de nombre, en fin, que tal vez hubiera servido hace treinta años para reservar una buena mesa en el Club 31.

Molinet hizo una señal al *mâitre*, pero este miró a través de él con esa ceguera selectiva que es propia del oficio. Por fin, al cabo de un rato, logró llamar la atención de un camarero joven que pasaba por su lado haciendo equilibrios con una bandeja llena de platos y tazas en las que tintineaban multitud de cucharitas, y entonces pidió un jerez. «Me gustaría taaaanto verte», le había dicho Fernanda por teléfono, y él, cauteloso, había preferido esquivar la posibilidad de que se autoinvitara a su casa: «Tesoro, cómo me encantaría que te quedaras conmigo en Tooting Bec, pero las cosas ya no son como cuando

vivía mamá. Además, esto queda lejísimos del centro de Londres, y yo salgo de viaje mañana mismo. A Marruecos, ¿sabes?, unas pequeñas vacaciones». No creyó necesario explicarle más: que había dedicado siete largos años a cuidar de su madre noche y día, por ejemplo. Que al morir ella había pasado mes y medio en un infierno llamado Los Cedros del Líbano Medical Center, un infierno carísimo, además. Que ahora vivía en dos cuartuchos alquilados en una zona del extrarradio y que, lejos de pensar en cómo iba a organizarse la vida de ahí en adelante, lo primero que hizo fue reservar habitación en un hotel de Marruecos durante dos semanas: más tarde Dios proveería. Pero ¿para qué explicar todo esto?, seguramente su sobrina ya sabría al menos la mitad de su historia, el internamiento, la depresión...; las noticias sórdidas son las que más rápido viajan.

«No te preocupes en lo más mínimo», le había dicho Fernanda por teléfono, y a continuación había añadido que de ninguna manera, que ella venía a Londres por cuestiones de trabajo y que no tenía intención de alojarse en su casa, pero le haría «tanta ilusión vernos aunque sea solo para comer. ¿Sabes?, en realidad lo normal sería que hubiera venido Álvaro-marido, pero me falló en el último momento, como siempre, y no... no te preocupes, de veras, estoy fenomenal en el hotel, un sitio monísimo y tan céntrico...».

Entonces habían acordado encontrarse el viernes. Fernanda explicó que sobre las doce y media terminaba su compromiso de trabajo y que luego podía tomar el metro para estar en Pont Street más o menos a la una, una y media. «Sí, sí, me viene colosal que quedemos directamente en el restaurante, es que he venido para la exposición del Hogar Ideal, ¿sabes?, no te puedes imaginar lo que me

aburre, hace dos días que no hablo más que de cacerolas, pero qué le vamos a hacer, chico, así es mi vida, desde que me dedico a esto de ser empleada de hogar...».

No le había resultado fácil a Molinet entender ciertas ironías de Fernanda. Él visitaba España muy rara vez, de hecho, hacía años que no iba, y los veraneos infantiles en San Sebastián en casa de sus parientes maternos eran un recuerdo remoto no solo en el tiempo, también en los afectos. Por otro lado, no se consideraba ni español como su madre, ni rioplatense como su padre (tampoco de ninguna otra parte, inconveniente de haber vivido aquí y allá), y por eso hablaba castellano con el despego de los apátridas, aquellos que al haber aprendido diversos idiomas picotean en todos robando frases, adaptando otras hasta inventar un esperanto propio. «Tanto más rico como forma de expresión», se conformaba pensando, porque de todas maneras el dominio de una lengua, si se vive lejos, es causa perdida, los idiomas —como las ciudades, maldita sea— tenían la dudosa virtud de cambiar espectacularmente en poco tiempo. De este modo, los desarraigados como él, aquellos que han aprendido a hablar en el seno de la familia y no en la calle, el trabajo o la escuela, acaban expresándose en una lengua trasnochada, usando giros ya caducos e ignorando otros de nuevo cuño. En resumidas cuentas, cuando hablaba castellano con alguien que no fuera apátrida como él, Molinet tenía la sensación ridícula de hablar como un judío errante separado de Sefarad por siglos de exilio.

Aun así, no había tenido mayor dificultad en adivinar, tras la conversación telefónica con su sobrina, que Fernanda pertenecía como él a la ilustre cofradía de los Nuevos Pobres; por lo poco que ella dijo pudo deducir que redondeaba un escuálido presupuesto familiar

(«Álvaro-marido es arquitecto paisajista, o sea, ya te puedes hacer una idea de cómo nos está sentando la crisis...») con la ayuda de una empresita de *catering*. («Hablando en plata, corazón, soy lo que se dice una chacha de lujo», le había dicho ella a modo de explicación. «Lo mismo te organizo un cóctel para doscientos que una merienda de señoras con sandwichitos de pepino y té de mango, o sea, figúrate qué plan»).

Cuando finalmente le trajeron su copa de jerez, Molinet pensaba ya en otras cosas. Pasaban quince minutos de la hora convenida para el encuentro, y aunque estaba acostumbrado a los retrasos femeninos, lo cierto es que los sufría con la poca indulgencia de los hombres a los que no interesa gran cosa el sexo opuesto. Un nuevo sorbo de Dry Sack lo llevó a palparse el bolsillo interior izquierdo para comprobar que seguía allí el billete de avión que había recogido justo antes de venir a Drones. Sí, había sido una idea espléndida hacerse ese regalo, «relax», decía el anuncio que lo había atrapado como una tela de araña, «relax, silencio y lujo, lujo, lujo». En realidad, se trataba de unas vacaciones muy por encima de sus posibilidades, pero pasar dos semanas en Marruecos, precisamente en L'Hirondelle d'Or, un hotel fantástico según descripción de la revista *Tatler*, no iba a arruinarlo mucho más de lo que ya estaba. Además, aquel edén carísimo se le antojaba el lugar perfecto para visitar después de siete años de reclusión (casi) voluntaria.

De pronto, ese último pensamiento le recordó que no debía beber una gota más de alcohol si no deseaba contrariar las recomendaciones —las órdenes— de su loquero. Con esa palabra, «loquero», era con la que Molinet solía referirse al doctor Pertini, aunque este último, que había estudiado en Chicago y también formaba par-

te del grupo de los apátridas latinos, insistía en que lo llamara *shrink*. Así llama Woody Allen al suyo, y así también, todos los ricos de Nueva York, que, burlándose del hecho de tener psiquiatra, han inventado ese término que significa «reductor» (de cabezas, naturalmente).

Como un niño al que van a privar de un capricho, Molinet tomó un largo sorbo de jerez antes de apartarlo de sí. Y fue entonces, a través de la copa, cuando su ojo tropezó con su sobrina Fernanda.

Desde el primer momento, y aun a través del cristal y del líquido dorado, no tuvo ninguna duda de que era ella. En realidad lo supo, más que por algún parecido familiar, simplemente por la forma de vestir.

Dejó la copa en la mesa, se irguió un poquito para fingir una estatura que estaba lejos de tener y la miró con el aire de quien sabe que es imposible haberse equivocado. En los largos años de noche oscura cuidando a su madre, y también en el último mes y medio, Rafael Molinet Rojas, inquilino de una sedante habitación en Los Cedros del Líbano M. C., había desarrollado un talento especial para distinguir de un vistazo la nacionalidad de ciertas personas por su forma de vestir. Detalles insignificantes, pataratas al ojo de un observador poco minucioso, pero sin duda reveladores para alguien como él, con tantas horas que matar. En todo ese tiempo, y asomado únicamente al balcón de las revistas ilustradas que solía comprar —*Match*, ¡*Hola!*, a menudo *Tatler* y también *Der Spiegel*, si alguna vez caía en sus manos—, Molinet había afilado un don peculiar que le permitía reconocer no a las personas famosas que todos conocían, eso para él era pasatiempo de porteras, sino el origen de otros personajes secundarios que aparecen en las fotografías de modo tangencial. Con ojo experto y también alerta se dedicaba

a estudiar el perfil de las gentes retratadas junto a la figura central —a veces detrás de Agnelli en una regata, otras riendo junto a Schwarzenegger en un hotel de Gstaad— y casi nunca fallaba. Se fijaba en el color de los pañuelos que asomaban de los bolsillos superiores de las chaquetas masculinas, y en la forma de recogerse el pelo las señoras, en la longitud de sus faldas y en tantas otras cosas nimias. Luego, tenía por costumbre tapar el pie de foto para ponerse a prueba y ¡bingo! Sus apellidos, desconocidos excepto para iniciados, confirmaban siempre sus pronósticos: este es un armador griego criado en Inglaterra, aquella una actriz de Texas sin talento jugando a mujer de mundo, más allá un banquero milanés...; su forma de vestir los delataba siempre.

Fue precisamente gracias a esta habilidad que Molinet consiguió reconocer a su sobrina al primer vistazo y se puso en pie para recibirla como al hijo pródigo:

—Fernanda, tesoro, eres tú..., estoy aquí..., aquí me tienes, ¡pero qué ilusión verte!

Y ella, a la que una mañana lluviosa típica del octubre londinense había disfrazado de dama inglesa con gabardina y pañuelo de cachemir sobre un hombro (aunque eso sí, sosteniendo con el otro un bolso de Loewe algo deformado por el uso), nunca imaginó cómo se las había ingeniado su tío para improvisar la llamada de la sangre.